

EL ESPÍRITU SANTO PRESENCIA DE LA PAZ DE CRISTO EN EL MUNDO

Carta Pastoral Colectiva de la
Conferencia Episcopal de Guatemala
con ocasión de la celebración del

GRAN JUBILEO DEL AÑO 2000

Guatemala de la Asunción, 12 de abril
Pascua de Resurrección de 1998

Conferencia Episcopal de Guatemala

0.- INTRODUCCIÓN

En las puertas del tercer milenio de la era cristiana, como una preparación al gran Jubileo del año dos mil, los obispos de la Conferencia Episcopal de Guatemala ofrecemos a todo el pueblo cristiano esta carta pastoral colectiva: **“El Espíritu Santo presencia de la paz de Cristo en el mundo”**.

Tenemos la seguridad de que un estudio profundo y reflexivo de este documento iluminará y acompañará el caminar cristiano de nuestro pueblo. El Espíritu Santo con sus dones nos dará la fortaleza para reconciliarnos, vivir la justicia en Guatemala e impulsar el verdadero desarrollo de la persona y la sociedad. Así lograremos construir la paz en Guatemala sobre sólidas bases, partiendo de una verdadera conversión de nuestros corazones.

1.-EL ESPÍRITU SANTO EN LA PROFESIÓN DE FE DE LA IGLESIA

2. Cada domingo hacemos profesión pública de fe en el Espíritu Santo cuando proclamamos en nuestras celebraciones eucarísticas: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas”¹.

Aunque para muchos el Espíritu Santo es el gran desconocido, Él hace sentir su presencia por la fuerza avasalladora de gracia que se manifiesta continuamente en la múltiple manifestación de vida, acción y organización de la Iglesia. Él es el alma de la Iglesia, a la que mueve y hace fiel a la tarea de salvación recibida de Jesucristo, su Señor. Fue Jesucristo quien con su pasión, muerte y resurrección, obtuvo para nosotros la donación del Espíritu Santo, enviándolo sobre los apóstoles el día de Pentecostés.

El Papa Pablo VI nos describe la acción maravillosa del Espíritu Santo en la Iglesia, invitándonos a vivir con la confianza y la esperanza puestas en Él. “Es el Espíritu Santo animador y santificador de la Iglesia, su aliento divino, el viento de sus velas, su fuente de carismas, su paz y su gozo, su prenda y su preludio de vida bienaventurada y eterna”².

1.1. El Espíritu Santo es el Señor de la Vida.

3. Dios se reveló a Moisés como un Dios que es vida: “Yo Soy el que Soy” (Ex. 3,14) Es el Dios trascendente, pero al mismo tiempo, es el Dios presente en la historia y en la vida de los hombres. Es un Dios liberador de la injusticia y opresión, de la esclavitud y de la muerte (libro del Éxodo). En estos dos milenios de cristianismo, ha sido el Espíritu Santo quien ha actuado como fuerza divina, vivificante, que ha recreado todas las cosas y les ha dado vida. Es el Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos y que infunde vida en cada uno de nosotros los cristianos (cf. Ez. 37, 1-41; Lc. 24,5-6; Mt. 28, 1-8; Jn. 3, 1-18). Él es la vida misma.

4. La Historia humana es historia de salvación, gracias a la acción del Espíritu Santo que actúa en ella. Los méritos de la muerte y resurrección de Jesucristo llegan a

nosotros por la acción del Espíritu Santo que nos hace partícipes de la vida de Dios. Esta acción del Espíritu fortalece nuestra debilidad y permite que la Iglesia, siendo fiel a Jesucristo y a los hombres, se renueve y actualice, haciendo siempre novedoso su mensaje de vida y salvación.

Los cristianos, siguiendo radicalmente a Jesucristo, vivimos la experiencia del Espíritu: "Nadie puede decir que Jesús es Señor, sino es por la acción del Espíritu Santo" (1 Cor. 12,3). Luz y ardor que el mismo Espíritu suscita en cada uno en lo más íntimo del corazón. Esta vivencia profundamente espiritual, es la vivencia central de la fe de la Iglesia. Experiencia espiritual, que, vivida individual y comunitariamente, construye el Reino de Dios en medio de nosotros. Así, toda acción pastoral que realizamos en la Iglesia, es posible bajo la acción fecunda del Espíritu Santo que todo lo vivifica, lo conserva y lo dirige hacia la salvación final. Está presente en la predicación de la palabra, en la celebración de los Sacramentos, en la oración y en el pastoreo de la comunidad.

La acción del Espíritu Santo se manifiesta en la vitalidad de las comunidades eclesiales, en los catequistas, delegados de la palabra y ministros extraordinarios de la comunión; en los diversos movimientos laicales, en el aumento de vocaciones sacerdotales y religiosas. El alienta la solidaridad de quienes ayudan a sus hermanos especialmente a los pobres, enfermos, desplazados, perseguidos a causa de la violencia y la injusticia, haciendo así presente la vida de Dios en el Espíritu en todos ellos.

1.2. Que procede del Padre y del Hijo.

5. En la solemne profesión de fe dominical afirmamos que el Espíritu Santo es Dios mismo, la tercera persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, que existe desde siempre, que es igual a ellos en grandeza y dignidad, y que es amor, unidad y comunión entre el Padre y el Hijo.³

Como fruto de la pascua, el divino Espíritu asiste a la Iglesia en la realización de su misión, que es continua en el mundo y en la historia, la obra salvadora de Jesucristo.

6. Por medio de los sacramentos, alimenta sana, organiza a los fieles cristianos en sus funciones mutuas, los vivifica, los envía a dar testimonio, y los asocia a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero.⁴ Así el bautismo infunde la vida nueva en el Espíritu, haciendo a quienes lo reciben hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, miembros de la Iglesia y herederos del Reino de los cielos.

En la confirmación se entrega a los fieles e infunde sus siete dones de sabiduría, inteligencia, discernimiento, consejo, fortaleza, piedad y santo temor de Dios. En la confesión ofrece el perdón de los pecados concediendo la vida de gracia. Con la eucaristía, propicia la comunión profunda con Cristo que santifica al cristiano y lo configura con El. Con el sacramento del orden, provee a la Iglesia de pastores para proclamar la palabra santificar y conducir a las ovejas. En el matrimonio, concede a los esposos la gracia de vivir como iglesia doméstica y fuente de vida. Por el sacramento de la unción, fortalece en las pruebas de la enfermedad y prepara al paso para la vida eterna.

La presencia misma del Espíritu Santo en el creyente suscita sus frutos entre los cuales san Pablo enumera: "amor, alegría, paz, paciencia, longanimidad, bondad,

benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad” (cf. Gal. 5,22-23).

Es conveniente que en la actual época difícil que vive Guatemala, de tanto conflicto, pobreza, injusticia, explotación, violencia, impunidad e inseguridad, pidamos al Espíritu Santo que nos asista con sus dones y sus frutos para que podamos ser en nuestra sociedad, constructores de justicia, de reconciliación y de paz. Que nos ayude a construir una cultura de la vida, que privilegie los valores y derechos de la dignidad de la persona y una civilización del amor.

1.3. Con el Padre y el Hijo recibe una misma Adoración y Gloria.

7. Al Espíritu Santo que, sin coartar la libertad humana, rige la vida de los hombres en este mundo, le rendimos, juntamente con el Padre y el Hijo, toda adoración y gloria. En el día de Pentecostés, la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo, que se manifiesta, se da y se comunica como Persona Divina. Es en ese día cuando se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día, el reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en El. Es el Espíritu Santo quien en Pentecostés ha hecho entrar al mundo en “los últimos tiempos”, el tiempo de la Iglesia, que sigue anunciando el Reino, ya iniciado en medio de nosotros, pero aún no consumado.⁵

Es el Dios que actúa en la historia salvando a todos los hombres, anunciando la Buena Nueva de la salvación y que invita a la conversión manifestada y vivida con respuestas adecuadas de fe, esperanza y amor.

El mismo Jesucristo le decía a su Iglesia naciente: “Les conviene que yo me vaya. Pues si no me voy, no vendrá a ustedes el Protector; pero si me voy, se los enviaré” (Jn. 16,7). Después de su ascensión la presencia física de Jesús es sustituida por el Espíritu Santo, Paráclito, Abogado y Defensor de la Iglesia. Es la presencia de Dios de un modo nuevo, presencia espiritual más allá de lo físico.

La gracia, que hemos recibido en nuestro bautismo, nos hace santuario o morada de Dios viviente, es decir, de la Santísima Trinidad y nos convierte, por el sacerdocio común de los fieles y por el sacerdocio ministerial, en adoradores y glorificadores de la Santísima Trinidad a quien es debido todo honor y gloria.

1.4. Habló por los Profetas.

8. La carta a los hebreos nos enseña que: “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo...” (1, 1-2). Desde el principio hasta la plenitud de los tiempos la misión conjunta de la Santísima Trinidad permanece activa, en todo el Antiguo Testamento se encuentra oculta, pero actuante. El Espíritu de Dios preparaba, en la época de los profetas, el tiempo del Mesías y ambos, sin estar todavía plenamente revelados, fueron prometidos, a fin de que fuesen esperados y más tarde, aceptados al manifestarse en el Nuevo Testamento.⁶

Efectivamente, el Espíritu de Dios actuó en los profetas, revelando y prometiendo la venida del Mesías anunciado como Emmanuel (Is. 6,12), como el Siervo doliente de Yahvéh (Is. 42, 1-9; 49,1-6; 50,4-10; 52, 13-53) revelando el sentido de la pasión de Jesús. Actuó también proclamando por medio de ellos una ley nueva (Ez. 37,1-14; Jer. 31,13-14; Joel 3, 1-5). El Espíritu Santo actuaba en los profetas de muy diversas

maneras en el Antiguo Testamento, tanto exhortando al pueblo al arrepentimiento y a la conversión, como anunciando el tiempo de restauración y salvación que, realizará Jesucristo y llevará a plenitud el Espíritu Santo.⁷

En nuestra época los actuales profetas siguen recibiendo la fuerza del Espíritu Santo; son todos aquellos que, en nombre de Dios y de la Iglesia, continúan anunciando con valentía el reino de Dios y denunciando cuanto impide que este reino se haga presente en medio de nosotros.

2.-EL ESPÍRITU SANTO Y EL PLAN DE SALVACIÓN

2.1. El Pecado como rechazo a la acción del Espíritu Santo.

2.1.1. El desorden cósmico antes de la creación

9. La acción creadora de Dios trajo toda la existencia a la luz y al orden, de tal forma que de acuerdo con nuestra manera limitada de pensar, nos parece que si hubiera algo no tocado por el poder creador de Dios, sería oscuridad y desorden.

La iglesia no se cansa de cantar las maravillas que Dios hizo en la creación, cuando El hizo surgir de la nada todo cuanto existe.

El concepto bíblico de la creación comporta no sólo la llamada de las cosas a la existencia, sino también la presencia del Espíritu en la creación.⁸ En el Espíritu de Dios que aleteaba sobre las aguas (Gn. 1, 1s), los cristianos vemos la presencia y la acción del Espíritu Santo en la obra de la creación.

La acción del Espíritu comunica la vida, por eso la Iglesia lo aclama como Señor y dador de vida. El impone el orden y la armonía en la creación. Todo se ilumina con su presencia.

10. Esa armonía de la creación se ve disturbada y arruinada por el pecado del hombre a quien Dios había puesto como su colaborador en el cuidado y cultivo de la misma creación (Gn. 2, 15; Sal. 8,2.). Tristemente esa actitud del hombre perdura hasta el día de hoy.

Viene bien aquí hacer un paréntesis para afirmar que comete pecado todo aquel que explota irracionalmente los recursos de la tierra, enriqueciéndose en forma ilícita, introduciendo un desorden tal en la creación, que puede traer como consecuencia el deterioro de la naturaleza y aún el exterminio del ser humano. Igualmente peca la autoridad que permite o favorece por el descuido, interés de dinero o por influencia de poder, que se comentan tales atropellos.

En nuestra patria Guatemala asistimos con dolor a la impune destrucción de nuestros bosques, la explotación de nuestros recursos no renovables, abandonados al ansia desmesurada de riqueza, sin que haya una intervención eficaz de las autoridades para controlarlo. Lo mismo podemos afirmar de la contaminación del ambiente. Es necesario que se actúe con rigor y prontitud, antes que sea demasiado tarde, antes que nuestro país sea convertido en un desierto. Es un imperativo moral conservar para el futuro al "país de la eterna primavera".

Para que vuelva a reinar el equilibrio y la armonía en la creación es necesario que dejemos actuar al Espíritu Santo para que vuelva a realizar entre nosotros su obra vivificadora y ordenadora.

2.1.2. El desorden moral impuesto por el pecado.

11. El pecado es al origen una desobediencia. Es una transgresión al mandato que Dios puso en el paraíso a nuestros primeros padres de no comer del árbol del fruto prohibido (Gen. 2,16).

Con el primer pecado el hombre desconoce lo que es: una criatura. Y quiere ser como Dios. Es la pretensión de llegar a ser independiente de Dios.

El desorden moral viene porque el hombre quiere guiar su conducta sin atenerse a ningún criterio objetivo. Él quiere decidir lo que es bueno y lo que es malo según las conveniencias del momento. En cambio, la norma de lo que es bueno y lo que es malo se encuentra en los mandamientos divinos que proceden del mismo que creó la naturaleza humana, de modo que es posible encontrar el fundamento de esos mandamientos en la misma naturaleza humana. En efecto, la conciencia moral es la capacidad de toda persona madura para juzgar, de acuerdo con la misma naturaleza humana, lo que es correcto y lo que no. Al hacer sentir su influjo en la conciencia, “el Espíritu Santo es la fuente del orden moral en el hombre y en el mundo”, es la voz de Dios que resuena en lo más profundo del corazón humano, advirtiéndole “haz esto y evita aquello”.⁹ Es responsabilidad de cada uno formar la conciencia según la voluntad de Dios.

El pecado es contrario a la presencia del Espíritu de Dios en la creación y es contrario a la comunicación salvífica de Dios al hombre.¹⁰ Escribe San Pablo que por el pecado la creación entera fue sometida a la vanidad (Rm 8, 19-22).

12. El pecado lleva al hombre no solamente a ponerse en contra de Dios, sino que también lo coloca en contra de sus hermanos, hasta llegar a causarles la muerte. La muerte entra de un modo violento en la experiencia humana a través de la muerte de Abel a manos de su hermano Caín (Gn. 4,8). Esta primera muerte es presentada con una singular elocuencia por el libro del Génesis. Una página que cada día se vuelve a escribir, sin tregua y con degradante repetición en el libro de la historia de los pueblos.¹¹ Así a la rebelión del hombre contra Dios en el paraíso terrenal, se añade la lucha mortal del hombre contra el hombre.

Además de colocar al hombre contra Dios y contra su hermano, lo coloca contra sí mismo. Hay muchos pecados que autodestruyen al ser humano y arruinan el entorno vital que Dios ha dejado bajo su dominio. Por la maldad del hombre, Dios envió el diluvio sobre la tierra, salvando solo a Noé y a su familia (Gn. 6,7).

13. La misión del Espíritu Santo, como abogado de Cristo, es convencer al mundo en lo referente al pecado, la justicia y el juicio (Jn. 16,7-11).

- Convince al mundo referente al pecado, haciéndole caer en la cuenta de la incredulidad que Jesús encontró en los suyos y que aún hoy sigue encontrando entre nosotros¹².
- Muestra que el rechazo a su misión llevará a los hombres a la muerte eterna¹³.
- Pero es posible la remisión de los pecados en virtud del Espíritu Santo.
- Bajo el influjo del Espíritu Santo se realiza la conversión del corazón humano¹⁴, condición indispensable para el perdón de los pecados.

2.1.3. El desorden social introducido por el pecado.

14. El pecado introduce en la experiencia humana el desorden social. Este desorden consiste en que el hombre, creado para vivir en comunidad y en relación con los demás es aislado y llevado a vivir egoístamente. El hombre creado para el amor, es llevado al odio y a la violencia.

En la narración bíblica de la construcción de la torre de Babel (Gn. 11, 1-9) podemos ver un ejemplo del desorden social introducido por el pecado.

La pretensión de edificar una torre que llegue al cielo, es imagen del vano orgullo de los hombres que quieren edificar un mundo sin Dios, y no sólo sin Él, sino en rivalidad con Él. Como consecuencia de esta pretensión, Dios lo dispersa, confundiendo su lenguaje de modo que no pudieran entenderse. Este desorden social, que consiste en la división y la dispersión, solamente es superado gracias a la intervención del Espíritu Santo en Pentecostés.

Efectivamente, el libro de los hechos de los Apóstoles nos narra que, cuando el Espíritu Santo vino al corazón de los creyentes, los hizo entenderse al oír hablar en su propia lengua las maravillas del Señor (Hc. 2, 1-13). La acción del Espíritu Santo unifica a toda la familia humana. Todo lo que divide es contrario a su obra

San Irineo dice que en Pentecostés el Espíritu Santo vuelve a conducir a la unidad a todas las razas de la tierra que estaban dispersas.¹⁵

15. El desorden social que ha provocado el pecado entre nosotros, se puede apreciar en las siguientes situaciones:

- en la injusta distribución de la tierra,
- en la marginación en que aún viven muchos hermanos nuestros,
- en la indiferencia con que vemos los problemas de los demás,
- en la lucha fratricida que, por tantos años, ha bañado de sangre nuestra tierra,
- en violencia, secuestros, asesinatos, violaciones, linchamientos,
- en la explotación de que aún son objeto muchos campesinos y obreros mal pagados.

2.2. El Espíritu Santo y Cristo.

2.2.1. Preparación al Don de la Salvación en Cristo.

16. Movidado por su amor a la humanidad, aun cuando ésta se hallaba bajo los efectos del pecado, Dios continuó su plan de salvación. Continuamente ofrece al hombre la posibilidad de volver a Él. Esta posibilidad se inicia con la primera alianza sellada con Abraham, continúa con los patriarcas y llega a su culmen, en el Antiguo Testamento, con la liberación de Israel, la conformación del pueblo de Dios en el desierto y con el don de la Ley en el monte Sinaí.

En esta primera alianza Dios le pide al pueblo observar sus mandamientos y se compromete a protegerlo como pueblo suyo. Le garantiza poder caminar por el sendero de la vida (Cfr. Dt. 4, 10.13;12,1). Sin embargo el pueblo no cumplió con la ley, su actitud fue de superficialidad (Cf. Jer. 26,4;32;23;44,10) no de escucha sincera (Zac. 7,10).

Por eso los profetas alzan su voz anunciando un futuro en el que ciertamente existirá la ley, pero como signo de una nueva alianza, ya no superficial, sino inscrita

en el corazón (Jer. 21, 31-33). Un futuro en el que habría un cambio en la situación humana, gracias al don del Espíritu que haría conocer verdaderamente al Señor (Cf. Ez. 37, 6). Espíritu capaz de formar un nuevo pueblo (Cf. Ez. 37,10).

2.2.2. La nueva alianza en Cristo, fuente del Espíritu.

17. El Espíritu Santo es un don que procede del Padre y del Hijo y nos llega a nosotros a través de Jesucristo. Bien se puede afirmar que el Nuevo Testamento narra la historia de Cristo como la historia del don del Espíritu Santo. Ambos actúan de modo inseparable. La salvación realizada por Cristo, no puede ser sino una liberación de todo desorden producido por el pecado, gracias a un nuevo nacimiento en el Espíritu (Cf. Jn. 1, 33; 3, 6).

2.2.3. El Espíritu Santo en la persona del Mesías esperado.

18. Los anuncios proféticos del Antiguo Testamento ya delinear los rasgos característicos de la persona del Mesías y lo relacionan con la acción del Espíritu Santo: los dones del Señor tienen como fundamento la presencia del Espíritu (Cf. Is. 11, 2ss). En la obra de Isaías, el Espíritu que llenaba a los profetas (Cf. 1 Re. 18; 12; Ez. 3,12.14) y a los servidores de Dios (1 Sam. 16,3) viene concentrado en aquel personaje anhelado por todos, como instrumento de la salvación de Dios. En ese Mesías esperado, la palabra, los gestos y las actitudes son eficaces porque el Espíritu las impregna (Cf. Is. 61, 1ss).

2.2.4. El Espíritu Santo en la historia de Cristo.

2.2.4.1. La encarnación del Señor es obra del Espíritu Santo.

19. Los evangelios señalan claramente que la venida de Cristo al mundo se debe a la acción del Espíritu Santo. El no fue concebido, por la sangre, ni por la carne, ni por deseo de hombre (Cf. Jn. 1, 13s), sino por obra del Espíritu Santo (Cf. Lc. 1, 35; Mt. 1,20). La “potencia del Altísimo” que actúa en María, no es otra que la potencia del Espíritu que obra la encarnación del Hijo de Dios. (Cf. Lc 1,17).

2.2.4.2. Jesús desarrolla su misión bajo el impulso del Espíritu Santo

20. Toda la obra de Jesús denota claramente la presencia constante del Espíritu Santo. “Toda la obra de Cristo es misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo.”¹⁶

2.2.4.2.1. Jesús es asistido y testimoniado por el Espíritu Santo

21. Cuando el Salvador se manifiesta por primera vez en su bautismo es señalado por el Espíritu (Cf. Mt. 3, 13-17; Lc. 3, 21-22; Jn. 1, 31-34).

Sale vencedor de las tentaciones gracias a la acción del Espíritu Santo (Cf. Mc. 1, 12-13). El mismo Jesús, al iniciar su misión se presenta como el ungido por el Espíritu (Cf. Lc. 4, 16-20). Esto quiere decir que El se presenta con la capacidad de restaurar la humanidad, liberándola de las consecuencias del pecado.

En Él se hace presente la salvación, el año de gracia del Señor, que un día se prolongará en la Iglesia, cuando ella también reciba el Espíritu Santo (Hc. 2, 1ss).

Solamente a aquellos que se cierran a la obra del Espíritu Santo no los alcanzará la salvación (Cf. Mt. 12, 31-32).

2.2.4.2.2. El Espíritu Santo testimoniado y prometido por Cristo.

22. Jesús declara que es imposible conocerlo a Él sino es por la acción del Espíritu Santo, por eso lo llama el Espíritu de la Verdad (Cf. Jn. 14, 17; 15, 26; 16,13).

Es quien ayuda a los discípulos a recordar las palabras de Jesús (Jn. 14, 26) llegando a la verdad completa sobre El (Cf. Jn. 16,13).

Jesús presenta al Espíritu como el medio auténtico para adorar al Padre en Espíritu y en verdad (Cf. Jn. 4,23), más allá de las cosas exteriores, de los emocionalismos y de la razón.

Conocer el Espíritu Santo marca la gran diferencia entre los creyentes y este mundo (Cfr. Jn. 17,17).

Jesús le pedirá al Padre que envíe al Espíritu Santo consolador (Cf. Jn. 14, 15-16s). Sin su petición no sería dado a los discípulos.

Conviene que Jesús se vaya para que venga el Espíritu Santo (Jn. 16,7-11). Ese irse de Jesús no se refiere a una ausencia suya, sino a su glorificación.

2.2.4.2.3. El Espíritu Santo es el primer don de la Pascua de Cristo.

23. En su ministerio pascual, Cristo se convierte en el dador del Espíritu Santo. Él lo había prometido cuando dijo: “Si alguno tiene sed, que venga a mí y que beba. De su seno correrán ríos de agua viva”. Afirmación que el mismo evangelista explica, diciendo que se refería al Espíritu que los creyentes habrían de recibir (Cf. Jn. 7, 37-39).

Cristo crucificado es la fuente del don del Espíritu Santo. “E inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn. 19,30). Esta expresión de San Juan es única en el Nuevo Testamento: Cristo en la cruz se convierte en la fuente del Espíritu. Jesús dona el Espíritu como culminación de su obra de salvación. Para San Lucas, la efusión del Espíritu Santo se realiza en pentecostés, momento en el que la Iglesia inicia su historia. Mientras que para San Juan, el agua del costado de Cristo marca el nacimiento de la Iglesia. Por eso es considerada como nueva Eva. Así como surgió la primera Eva del costado de Adán, (Gn. 2,21-23), la Iglesia nace del costado de Cristo.

Cristo Resucitado es el dador del Espíritu. La resurrección de Cristo es obra del Padre (Hc. 2,24) y de la acción del Espíritu de santidad. (Rm. 1,3-4). El señor Resucitado se aparece a los suyos y les da El Espíritu Santo (Jn. 20,22-23).

2.3. El Espíritu Santo y la Iglesia.

2.3.1. El Espíritu Santo en Pentecostés.

24. La efusión del Espíritu Santo no es solamente un hecho individual, sino que tiene una dimensión comunitaria. Esto queda demostrado de manera particular, cuando San Lucas en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, muestra que el inicio histórico

de la Iglesia como comunidad creyente, sucede al descender el Espíritu Santo sobre los Apóstoles en pentecostés (Hc. 2,1-12).

A la Iglesia desde pentecostés le corresponde, como cuerpo animado por el Espíritu Santo, hacer presente la salvación de Dios. El Espíritu pone en movimiento la historia de la comunidad cristiana y es quien le da la fuerza para ser testigo de Cristo hasta los últimos confines de la tierra. (Hc. 1,8).

La iglesia vive en un permanente pentecostés. Es el Espíritu, quien la conduce hacia la verdad plena. El está siempre presente en la Iglesia del Resucitado. Como un paradigma, vemos cómo actúa en la Iglesia primitiva:

Llena de sí a los siete colaboradores de los apóstoles (Hc. 6,3.10;7,55); se da a través de Pedro y Juan, a los samaritanos convertidos (Hc. 8,15-17); ilumina a Felipe (Hc. 8,29.39); confirma la conversión de Saulo (Hc. 9,17) aconseja a Pedro (Hc. 10,19); viene sobre los primeros paganos (Hc. 10,44-47) y sobre los discípulos del Bautista (Hc.19,1); designa a los primeros misioneros (Hc. 13,2-4); conduce las misiones de Pablo (Hc. 13,19; 16,6-7; 20,23); y El es responsable de las decisiones tomadas en el Concilio de Jerusalén(Hc. 15,28).

2.3.2. La Acción del Espíritu Santo en la Iglesia.

25. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. Es el gran don que Cristo le ha hecho.

Su presencia se revela activa en la comunidad de los creyentes.

Jesús dona el Espíritu Santo a su Iglesia para continuar su misión. “Él es el protagonista de la misión de la Iglesia”,¹⁷ dice Juan Pablo II.

2.3.2.1. El Espíritu Santo es el constructor de la unidad.

26. El Espíritu Santo es el fundamento de la *unidad* de la Iglesia. El realiza la comunión de todos los creyentes y une a todos en Cristo. Hace que la Iglesia sea una y tienda siempre a la unidad.

Esta unidad no se opone a la diversidad que enriquece a la Iglesia, gracias a la variedad de dones y carismas que distribuye el mismo Espíritu.

El Espíritu Santo asegura los vínculos visibles de la comunión que garantizan que la Iglesia sea una:

- La profesión de una misma fe,
- la celebración común del culto divino, sobre todo de los sacramentos,
- la sucesión apostólica por medio del sacramento del orden.

Pero no debemos olvidar que, si bien la acción del Espíritu Santo construye la unidad de la Iglesia, siempre se requiere de parte del creyente, la conversión del corazón, la oración en común y la formación ecuménica.

2.3.2.2. El Espíritu Santo fuente de la santidad.

27. La Iglesia, unida a Cristo, es *santa* por el don del Espíritu Santo. Por esta razón la Iglesia es también santificadora. En ella están depositados los medios de la salvación. Es en ella donde somos santificados.

En los miembros de la Iglesia, la santidad está todavía por alcanzarse plenamente. La acción del Espíritu Santo anima a todos los cristianos para que respondan al llamado a la santidad.¹⁸ Al canonizar a algunos de sus hijos, la Iglesia

proclama que el Espíritu de santidad está en ella. Entre ellos destacan los mártires, que, como héroes de la fe “vencieron por medio de la sangre del Cordero y por el testimonio que dieron, sin que el amor de su vida les hiciera temer la muerte” (Ap 12,11).

2.3.2.3. El Espíritu Santo es el que impulsa la catolicidad de la Iglesia.

28. La Iglesia es *católica*, es decir universal. Esta nota suya no se refiere solamente a una cuestión geográfica. Bien podría estar en un solo pueblo y seguiría siendo universal.

La universalidad de la Iglesia es un don del Señor, por El ella tiende siempre a reunir a la humanidad entera con sus valores, poniéndola bajo Cristo como cabeza y en la unidad del Espíritu Santo.¹⁹ Está presente en las diversas culturas y toma en cada parte del mundo aspectos y expresiones que le ayudan a anunciar el Evangelio. Ella sigue siendo universal por vocación y misión.²⁰

Jesús al enviar a sus discípulos “hasta los confines de la tierra” (Hch. 1,8) les confiere el don del Espíritu Santo. Cristo envía a sus apóstoles en el Espíritu Santo, por lo tanto no van solos sino que los anima la presencia y el poder del Espíritu. El los guía, convirtiéndolos en testigos y les infunde la serena audacia que los lleva a transmitir con valentía la experiencia que han tenido con Jesús²¹ y los impulsa a ir cada vez más lejos, -no sólo en sentido geográfico,- sino más allá de las barreras de tipo racial o religioso.

29. El Espíritu Santo hace misionera a la Iglesia. Las primeras comunidades, en las que reinaba la alegría y la sencillez de corazón (Cf. Hc. 2,46), eran dinámicamente abiertas y misioneras.

Desde sus orígenes la misión es considerada como un compromiso comunitario. Es muy importante volver a subrayar este espíritu comunitario de la misión, para que el Espíritu nos ayude a emprender la nueva evangelización con la participación y la responsabilidad de todos.

El Espíritu Santo actúa en la Iglesia, pero su acción no se limita a ella. El ofrece a todos los hombres la posibilidad de que en la forma que sólo Dios conoce, se asocien al misterio Pascual.²² Todo lo que El obra en los hombres y en la historia, en las culturas y en las religiones tiene un papel de preparación evangélica y no puede menos de referirse a Cristo.²³ La comunidad cristiana debe discernir esta acción del Espíritu para acoger todo lo bueno que hay en las culturas y enriquecerse con los valores que poseen.

2.3.2.4. El Espíritu Santo origen de la apostolicidad.

30. El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles de Jesús y desde ese momento caracterizó su comunidad como *apostólica*.

El que la Iglesia sea apostólica significa que está fundada sobre el cimiento de los apóstoles. Fue y permanece edificada sobre este cimiento.

El Espíritu Santo hace que la Iglesia siga siendo enseñada, santificada y dirigida por los apóstoles hasta la vuelta de Cristo, gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: el colegio de los obispos en comunión con el sucesor de Pedro.

El Espíritu Santo unge a los obispos y los capacita para cuidar de todo el rebaño de Cristo, con la ayuda de sus colaboradores, los presbíteros y diáconos.

2.3.3. Carismas y ministerios en la Iglesia

31. El Espíritu Santo es la fuente de la diversidad en la Iglesia, sin obstaculizar su unidad. Es Él quien distribuye los carismas y suscita los ministerios. “Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo, diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo... y a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común” (1 Cor. 12,4.11).

Carisma es un don concedido por el Espíritu Santo en vistas a un servicio comunitario (Cfr. 1 Cor. 1,7; 12,7. 11). Ministerio es el servicio que se da a partir del don que se ha recibido.

2.3.3.1. La Iglesia es el ámbito de la actividad carismática.

32. Los carismas son dones concedidos libremente por el Espíritu Santo, pero eso no quiere decir que él conceda a unos lo que niega a otros. A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común (1 Cor. 12,7). “A cada uno”, es decir a todos. No hay cristiano que no haya recibido dones del Espíritu Santo, aunque sean diversos, según las necesidades de la comunidad.

San Pablo, al hablar de los carismas, establece una jerarquía dentro de ellos. Invita a dar preferencia a los que obedecen a exigencias más humildes, ordinarias y estables, y pone por encima de todo la caridad (1 Cor, 14, 13.27). En todas las listas pone en primer lugar el carisma del apóstol (1 Cor. 12,28-29).

Todo carisma es funcional porque va dirigido al bien común y a la edificación de la comunidad. Es lo que da valor a un carisma.

Edificar la Iglesia es hacer de ella una comunidad de creyentes cada vez más dispuesta a la acción de la gracia y cada vez más comprometida en el testimonio del Evangelio.

2.3.3.2. El discernimiento de los carismas.

33. Los carismas necesitan un proceso de discernimiento, tanto de parte de quien los recibe como de parte de quienes en la Iglesia tienen esta misión.

El creyente que recibe un carisma debe discernir si se trata de un don verdadero, si viene del Espíritu Santo o no.

Para ello se necesitan los criterios que ayuden a verificar la autenticidad de estos dones.

Un primer criterio es la conformidad con la fe apostólica (Cfr. 1 Cor. 12, 3; 15, 1-11; Gal. 1, 7-9).

Un segundo criterio es el examen de toda la comunidad a cuya edificación se debe el carisma.

La misma vida del cristiano da lugar a discernir la autenticidad de los dones, porque ella debe ser acompañada de los frutos del Espíritu que son, entre otros, la caridad, el gozo, la paz, la bondad, la fidelidad.

2.3.3.3. El papel del Magisterio.

34. La última palabra en lo que se refiere a la autenticidad de los carismas y de su uso corresponde a los obispos. La autoridad del obispo tiene un papel decisivo como criterio de discernimiento. Por eso, todo don auténtico debe reconocer el don específico del responsable de la comunidad. Así lo afirma el Vaticano II cuando dice que “el juicio sobre la autenticidad y recto uso de los carismas corresponde a la autoridad eclesial, a la cual toca no apagar el Espíritu, sino examinar todo y mantener lo que es bueno”.²⁴ Los presbíteros, como colaboradores del obispo, en esta misma línea, tienen la tarea de descubrir con sentido de fe los carismas y reconocer cuáles proceden de Dios.²⁵

2.4. El Espíritu Santo en la vida del cristiano.

35. El Espíritu Santo es el don más grande que la Iglesia y todo cristiano han recibido. Es un don que nos ha marcado indeleblemente con su sello de amor.

El cristiano recibe el Espíritu Santo en los sacramentos, de manera particular en el Bautismo y en la Confirmación.

Es el Espíritu Santo el que nos da la posibilidad de clamar Abbá, Padre (Rm. 8, 15-16). Él es quien nos hace hijos de Dios, es quien hace efectiva en nosotros la obra de Cristo.

2.4.1. Santificados por El Espíritu

36. El cristianismo es una experiencia del Espíritu Santo en la acción y en la vida eclesial. La comunidad eclesial es el lugar privilegiado en el que El actúa. Lo hace de manera especial a través de los sacramentos, en los cuales comunica la vida sobrenatural a todos los creyentes.

El Espíritu Santo santifica a los creyentes de manera especial en los sacramentos, los que por su fuerza y su poder comunican la gracia salvadora de Jesucristo.

Los sacramentos son acciones de Cristo en el Espíritu que santifican al cristiano, en sus momentos decisivos, para que responda adecuadamente a su vocación.

El Espíritu Santo es el que nos ayuda en nuestra oración (Rm. 8, 26-27). El nos configura con Jesús orante (Cfr. Lc. 10,21).

2.4.2. Ungidos por el Espíritu en el bautismo y la confirmación

37. En los sacramentos del bautismo y de la confirmación el cristiano ha sido ungido con el Espíritu Santo. Unción que lo configura con Jesucristo y lo hace participar de su misión.

En este año 1998 dedicado al Espíritu Santo, como preparación al Gran Jubileo, merece una atención especial el sacramento de la confirmación, que es uno de los siete sacramentos instituidos por Cristo para comunicarnos la vida divina. La confirmación, junto con el bautismo y la eucaristía forma parte de los sacramentos de la iniciación cristiana, de tal forma que se hace necesario recibirla para tener la plenitud de la gracia bautismal.²⁶

A los bautizados, el sacramento de la confirmación, los une más íntimamente a la Iglesia y los enriquece con una fortaleza especial del Espíritu Santo para que sean testigos de Cristo, y defiendan la fe con palabras y obras.²⁷

El gran regalo que nos da la confirmación es el Espíritu Santo. Ciertamente nosotros en el bautismo lo recibimos también, pero en la confirmación recibimos una nueva efusión del Espíritu en vistas a la edificación y a la misión de la Iglesia.

La confirmación es el sacramento que actualiza para cada cristiano el bautismo.

38. La presencia del don del Espíritu Santo produce en la vida del cristiano muchos efectos santificadores y dadores de vida, entre ellos mencionamos los siguientes:

- nos introduce más profundamente en la filiación divina, puesto que es el Espíritu Santo el que hace posible que nosotros invoquemos a Dios como Padre y lo podamos llamar “Abbá” (Rm. 8,15).
- nos une más estrechamente a Jesucristo, puesto que es el Espíritu Santo el que nos ayuda a reconocer a Jesús como el Señor (1 Cor. 12,3) y el que nos concede las gracias necesarias para ser testigos de él.²⁸
- Produce en nosotros una vinculación más consciente con la Iglesia, puesto que el Espíritu Santo realiza y lleva a plenitud la comunión eclesial, donado carismas y suscitando ministerios al servicio de todos. (1 Cor. 12,4-11)

39. El día de pentecostés, la comunidad de los discípulos de Jesús recibió la plenitud del Espíritu Santo en vistas de la misión y de la edificación de la Iglesia en el mundo.

Pentecostés realiza la promesa de Jesús: “Tendréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos” (Hech. 1,8)

La confirmación constituye para el cristiano como un nuevo pentecostés. Esta vez el Espíritu no desciende en forma visible y extraordinaria, sino que viene comunicado a través de aquellos que son los sucesores de los apóstoles y por medio de su imposición de manos y la unción con el santo crisma. La confirmación, como nuevo pentecostés para el cristiano, lo introduce de una manera especial en la Iglesia, lo colma del don del Espíritu Santo y lo lanza a vivir como profeta. Son las tres dimensiones que ha acentuado el Concilio Vaticano II. “Los bautizados con el sacramento de la confirmación son vinculados más perfectamente a la Iglesia, son enriquecidos con una fuerza especial del Espíritu Santo y de este modo están más estrechamente obligados a difundir a Cristo”.²⁹

2.4.3. Fortalecidos por el Espíritu Santo

40. En la liturgia del sacramento de la confirmación, se eleva al Señor una oración inicial en la cual la Iglesia le pide que derrame el Espíritu Santo para que “nos haga testigos valientes del evangelio de Jesucristo”

Es el Espíritu Santo el que da la fortaleza para dar testimonio del evangelio, aún en medio de las dificultades.

En Pentecostés el Espíritu Santo transformó la debilidad y el temor de los apóstoles en valor y fuerza.

Se hizo patente la fuerza del Espíritu Santo aquí en Guatemala, cuando numerosos sacerdotes y catequistas, con su sangre han dado el más hermoso testimonio del Evangelio. Ellos no retrocedieron cuando llegó el momento de ofrendar su vida y aceptar la muerte violenta por Cristo.

En 1996 la Conferencia Episcopal de Guatemala entregó al Sumo Pontífice, durante su segunda visita a Guatemala, una lista de 77 hermanos nuestros que murieron violentamente en testimonio de la fe. Los presentó como un “girón luminoso de la historia de la Iglesia en Guatemala”. Esta lista era encabezada por el sacerdote diocesano Hermógenes López Coarchita y la mayoría de ella la constituían catequistas. Esperamos que en un tiempo no muy lejano podamos saludar el sacrificio de estos y otros muchos testigos para invocarlos como mártires de la Iglesia.

No fueron los únicos que ofrendaron su vida en testimonio del evangelio. Muchos catequistas se sacrificaron en el anonimato y probablemente jamás se conocerán sus nombres.

3. LA PAZ FRUTO DEL ESPÍRITU SANTO

41. San Pablo, en la carta a los Gálatas, presenta una dramática contraposición entre las nefandas y perjudiciales obras del mal y los bonancibles y provechosos frutos del Espíritu Santo. (Gál. 5, 19-23) sin hacer una lista exhaustiva de ambos. Entre los frutos cita la paz, que va acompañada de la alegría y el amor.

Cuando el Espíritu Santo infunde sus dones lo hace gratuitamente sin mérito de la persona beneficiada, en cambio para obtener los frutos es necesario que el cristiano se una a la acción del Espíritu y colabore con El.

La paz, por otra parte, no se obtiene de manera instantánea y definitiva. En cualquier momento, si falta la buena voluntad y decisión humana, puede quebrantarse y perderse. Es un camino continuo que el hombre jamás debe cansarse de haberlo emprendido y con su acción debe reforzarla y hacerla más firme y duradera.

Guatemala se puso en camino de la paz desde el momento en que se inició el diálogo por la paz y después de varios años de esfuerzo constante que en varias ocasiones corrió el peligro del fracaso, llegó a un momento decisivo en diciembre de 1996 cuando el Gobierno y la U.R.N.G. firmaron el acuerdo de la paz. Aunque ese acontecimiento llenó de júbilo y esperanzas nuestros corazones, lamentamos que la realidad guatemalteca está todavía muy lejos de ajustarse a los requerimientos mínimos e indispensables de justicia, promoción y defensa de la vida en todas sus dimensiones, que son base de la paz.

La paz se ha firmado, pero las agresiones contra la vida persisten. Estamos viviendo aún una cultura de la muerte, que no valora la vida y dignidad de la persona.

A pesar de tanto conflicto, desilusión e incredulidad, creemos que la paz en Guatemala es posible.³¹ Es posible, porque se nos ha dado fundamentalmente en Cristo por la acción del Espíritu Santo. Es posible porque hay muchos que luchan por realizar el proyecto de Dios para Guatemala y el mundo, como un Reino de Verdad, Justicia, Amor y Paz.

Jesucristo, Príncipe de la paz (Is. 9,5), la paz misma (Miq. 5,4) ha establecido el Reino de Dios anunciado por los profetas. Ha inaugurado la nueva era de felicidad, presidida por la justicia y la paz (Is. 32,17; 60,17). Ha realizado la nueva alianza, que es una alianza eterna de reconciliación y de paz. (Ez. 34,25;37,26; Is. 9,6; Sal. 72,7).

La paz que Jesucristo trae, es fruto del Espíritu Santo (Gál. 5,22). Es consecuencia de la justificación (Rom. 1,5), de manera que el reino de Dios no es “comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom. 14,17).

Jesucristo trae la paz a la persona humana, elevando su dignidad de imagen y semejanza de Dios, a hija de Dios por el bautismo. Por el mismo Espíritu, que se nos ha dado podemos vernos y tratarnos como hermanos los unos con los otros y constituirnos juntos en constructores de su reino.

Jesucristo también trae la paz a la familia, lugar privilegiado para la realización personal junto con los seres amados. Comunidad de vida y amor, instituida desde el principio por Dios y constituida, por el sacramento del matrimonio, en Iglesia doméstica y santuario de la vida.

Por su naturaleza y vocación de ser célula primera y vital de la sociedad, debe ser promotora del desarrollo y protagonista de una auténtica política familiar³² que fortalezca la paz.

3.1. La Paz personal.

42. La paz exterior no es posible sin la paz personal interior. Esta “consiste en estar llenos del amor de Dios”,³³ llenos del Espíritu Santo, que es amor. La paz personal exige estar reconciliados con Dios y con el Próximo.

3.1.1. Reconciliación con Dios

43. El día de la resurrección se presentó Jesús en medio de los apóstoles y les dijo: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado así los envío yo, reciban el Espíritu Santo, a quienes les perdonen los pecados les quedarán perdonados y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar” (Jn. 20,21). Jesucristo con su muerte y resurrección alcanza el perdón para toda la humanidad y nos trae la reconciliación y la paz a todos por la acción del Espíritu Santo. La reconciliación con Dios, a quien hemos ofendido con nuestros pecados, exige una “reorientación radical de toda la vida, un retorno, una conversión a Dios con todo nuestro corazón, una ruptura con el pecado, una aversión del mal, con repugnancia hacia las malas acciones que hemos cometido. Al mismo tiempo, comprende el deseo y la resolución de cambiar de vida con la esperanza de la misericordia divina y la confianza en la ayuda de su gracia”³⁴

La reconciliación es primeramente obra de la gracia de Dios. “Al descubrir la grandeza del amor de Dios, nuestro corazón se estremece... y comienza a temer ofender a Dios por el pecado y verse separado de Él. El corazón humano se convierte mirando al que nuestros pecados traspasaron”.³⁵

El Espíritu Santo despierta la conciencia de pecado, pero al mismo tiempo es el Consolador que da al corazón del hombre la gracia del arrepentimiento, de la conversión y de la paz.

3.1.2. Reconciliación con el prójimo.

44. “Padre he pecado contra el cielo y contra tí...” (Lc. 15,21). Las faltas cometidas contra nuestros hermanos son faltas contra nuestro Padre Dios. Por ello la reconciliación con Dios implica necesariamente la reconciliación con el hermano que hemos ofendido. Es Cristo mismo quien en la oración del Padre Nuestro nos enseña la gran lección de la reconciliación: “perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a quien nos ofende”.

En nuestro pueblo, por desgracia, existe el divorcio entre fe y vida. Es decir, la fe y devoción que se profesa a Dios con expresiones religiosas, no tienen relación con la vida materialista, individualista, indiferente e injusta para con el prójimo. Esta es una de las tristes realidades de nuestro pueblo: Confesamos nuestros pecados personales pero no somos sensibles ni conscientes de los pecados sociales cometidos contra el prójimo. Sólo será el Espíritu Santo quien nos quite el velo de los ojos y nos haga capaces de reconocer los pecados, especialmente los cometidos contra el hermano, que son de dimensión social. Como consecuencia de esa indiferencia, insensibilidad e injusticia, “comprobamos con pesar, que existe un empobrecimiento progresivo, generalizado y degradante de la mayoría de la población guatemalteca. La crisis económica afecta cada día más drásticamente a sectores cada vez más amplios golpeado principalmente a niños y jóvenes, que juntos sobrepasan en número el 50% de la población, y que en su integración a la sociedad no encuentran las necesarias condiciones de salud, seguridad y una educación integral conveniente y adecuada para su crecimiento armónico e integral, ni disponen de fuentes de empleo dignas, estables y justas para las crecientes demandas de trabajo... las consecuencias sociales de estos hechos, estarán a la vista y su expresión más sangrante son los niños de la calle”.³⁶

45. La reconciliación con el prójimo exige trasladar su significado de la situaciones espirituales, humanas y sociales, a las económicas, culturales, jurídicas y políticas, que nos siguen enfrentando y son causa de la brecha entre ricos y pobres, cada día a todas luces más amplia e injusta. La reconciliación tiene relación directa con el respeto a las culturas, en especial las indígenas, superando así todo signo de discriminación racial, tan contrario a la convivencia pacífica, que todavía nos enfrenta y divide”.³⁷

La reconciliación con el prójimo exige proclamar y reconocer en la práctica, la dignidad de la persona humana como centralidad de toda actividad política, económica, social o cultural, y ratificar que su índole social es fundamental en la construcción de una sociedad más humana, justa, solidaria y fraterna que alcance el desarrollo de todos y logre una cultura de la vida y de la paz.

La reconciliación exige, de parte del ofensor, reconocer la ofensa, pedir perdón y comprometerse a no volver a cometerla y de parte del ofendido conceder el perdón al ofensor, deponiendo toda actitud de odio y de rencor.

En la carta pastoral “Urge la verdadera paz” reconocíamos los obispos lo arduo de la reconciliación cuando escribimos “comprendemos que reconciliarse es difícil, por no decir imposible humanamente, pero posible con la gracia de Dios”. Por eso pedimos al Espíritu Santo que a ofensores y ofendidos conceda el don de la fortaleza, uno de los siete dones anunciado por el profeta Isaías.

3.2. La paz en la familia.

46. Como Iglesia que anuncia con alegría y convicción la nueva evangelización sobre el matrimonio y la familia, que constituyen unos de los bienes más preciosos de la sociedad, y en los cuales se fragua el futuro de la humanidad, queremos brindar nuestra ayuda a todo aquel que conociendo el valor del matrimonio y la familia, trata de vivirlo fielmente en un ambiente social en el que la familia es víctima de muchas

fuerzas que tratan de destruirla o deformarla impidiendo la paz, fruto del Espíritu Santo que debe habitar en ella.³⁸

3.2.1. Valores de la familia

47. El matrimonio y la familia en el proyecto original de Dios son instituciones de origen divino y no producto de la voluntad humana (Cf. Gen. 2,24; Mt. 19, 4-8). El hombre y la mujer que son imagen y semejanza de Dios (Cf. Gn. 1,27), que es amor, reciben de El la vocación y consiguientemente la capacidad de vivir del amor y la comunión a ejemplo de la comunidad trinitaria.³⁹ Hombre y mujer son llamados al amor en la totalidad de su cuerpo y espíritu.

Jesucristo con la realización de la nueva alianza hace que el matrimonio adquiera su verdadera dimensión como sacramento. Por su encarnación y por su vida en familia con María y José, en el hogar de Nazaret, Jesús se constituye en modelo para toda familia. El amor de los esposos por el sacramento, llega a ser como el de Cristo: total, definitivo, exclusivo, fiel y fecundo. Por Cristo el matrimonio no sólo vuelve a ser como en el inicio sino que se enriquece con nuevos contenidos (Cf. Ef. 5,25-33). Por el sacramento, los esposos santifican su amor humano y dignifican y realizan el amor de Cristo y su Iglesia con la fuerza del Espíritu Santo en el hogar. Amor que pasa por el camino de la cruz, de las limitaciones, los defectos, las tribulaciones, el perdón la reconciliación para llegar al gozo de la resurrección.⁴⁰

48. Estos valores, los están viviendo cada día nuestras familias guatemaltecas, que anhelan hacer de sus hogares verdaderas iglesias doméstica, donde Cristo es su señor y fundamento. Guatemala es un país que se ha caracterizado por soportar las tribulaciones, las persecuciones, la pobreza, la violencia, el desempleo, la marginación y ataques contra sus valores. También el machismo, el materialismo el consumismo, el pansexualismo, la corrupción y desintegración. Sin embargo con paciencia y sencillez, mantiene por la fuerza del Espíritu Santo, la esperanza y el deseo invaluable de luchar por salir adelante a pesar de lo difícil y limitado de las posibilidades actuales. Incluso se ha acrecentado un hambre y un deseo de un mayor acercamiento a Dios.

Reconocemos que el pueblo de Guatemala es un pueblo de fe y de profunda religiosidad, que anhela la paz, el bienestar y el desarrollo de todos, es un pueblo que mira hacia adelante deseoso de vivir en paz, en unidad y con dignidad, aunque sus medios y recursos son escasos.

3.2.2. Atentados contra la familia

49. La familia que hemos conocido tradicionalmente en Guatemala está pasando por crisis profundas y medulares, provocadas por los cambios sociales, políticos, económicos y culturales. Son numerosos las uniones consensuales, los divorcios, el machismo, la infidelidad, los celos infundados, la mentalidad secularista que busca alcanzar la felicidad en la satisfacción de apetitos sexuales sin trabas ni limitaciones y la imposición de modelos foráneos introducidos sobre todo por los medios de comunicación social. No se vive en muchos casos el proyecto de Dios sobre la familia y aún, a veces, se le desconoce debido al secularismo reinante, la inmadurez psicológica, y a casusas socioeconómicas y políticas, que llevan a quebrantar los

valores morales y éticos de la misma familia, dando como resultado la dolorosa realidad de familias desestabilizadas, parejas en situación irregular, madres solteras y matrimonios, en numerosos casos contraídos sólo por lo civil. A esto hay que agregar la situación de pobreza, insatisfacción por falta de empleo, carencia de vivienda digna, salarios bajos inferiores a lo impuesto por la ley, falta de servicios de salud y educativos, abandono de ancianos, madres solteras y la espantosa abundancia de niños y aún niñas de la calle.

50. Nos desafía la cultura de la muerte que incluye el aborto como medio para evitar el crecimiento demográfico. Instituciones internacionales promueven costosas campañas contra la fecundidad y la vida difundiendo la aplicación de medios artificiales, muchos de ellos de carácter abortivo y de efectos secundarios peligrosamente nocivos para la salud de la mujer. Ante esa propaganda es necesario difundir los métodos naturales, y educar sobre su uso, que dentro del concepto de paternidad responsable y mutuo acuerdo de los esposos, permite un espaciamiento racional y ético de la concepción de los hijos.

Se ha multiplicado el abandono del hogar por distintas razones y muchas veces motivado por la búsqueda de mejoras económica,⁴¹ que conduce al esposo o a la esposa a buscar en el extranjero el bienestar económico que no brinda Guatemala.

3.2.3. El bienestar de la familia.

51 Estos atentados contra la familia nos llaman a reflexionar seriamente sobre la realidad familiar y estudiar la manera de cómo poder orientarla según el proyecto paternal de Dios. Para coordinar y animar estos esfuerzos a nivel nacional, la Conferencia Episcopal ha organizado la pastoral familiar que, a Dios gracias, desarrolla e impulsa su actividad evangelizadora a través de todas las diócesis.

Es necesario que no se pierda la esperanza en la familia, auténtica y valientemente cristiana, hay que pedir al Espíritu Santo que actúe con sus dones para que merced a un esfuerzo común cada familia tenga una calidad de vida digna, que sea santuario de la vida e Iglesia doméstica, donde reina la unidad, el amor y el diálogo, que les permita realizar la misión que Dios le ha encomendado.

A este propósito conviene citar la ferviente exhortación formulada por el Papa Juan Pablo II en Río de Janeiro: "Lanzo esta invitación a cuantos trabajan en la edificación de una sociedad en la que reine la civilización del amor: defended, como don precioso e insustituible, vuestras familias; protegedlas con leyes justas que combatan la miseria y el azote del desempleo y que, a la vez, permitan a los padres que cumplan con su misión. ¿Cómo pueden los jóvenes crear una familia, si no tienen con qué mantenerla? La miseria destruye la familia, impide el acceso a la cultura y a la educación básica, corrompe las costumbres, daña en su propia raíz la salud de los jóvenes y los adultos. ¡Ayudadlas! En esto se juega vuestro futuro"⁴²

3.3. La paz en la sociedad

52. Guatemala, aunque lacerada por muchas tensiones, violencias y conflictos, está en búsqueda de actitudes y acciones que fortalezcan la construcción de una paz auténtica, firme y duradera, particularmente con la implementación del cumplimiento de los Acuerdos de paz firmados por el Gobierno y la U.R.N.G.

Creemos que la paz es tarea de todos, y a todos, gobernantes y gobernados, nos corresponde trabajar para alcanzarla en nuestro país. En esta ocasión quisiéramos detener nuestra atención de manera especial en la justicia como elemento básico y fundamental para la reconciliación y la paz en la sociedad.

El papa Juan Pablo II con motivo de la Jornada Mundial de la paz de enero de 1998 afirma: “De la justicia de cada uno nace la paz para todos”. Es innegable la estrecha relación entre la justicia y la paz social que queremos todos, de manera que quien ofende la justicia con la injusticia pone en peligro la paz social.⁴³

La justicia y la paz son valores comunes que están radicados en el corazón de cada persona, y es responsabilidad de todos que se alcancen. La plena justicia sólo se obtiene cuando todos pueden participar en ella por igual.⁴⁴

La justicia restaura no destruye, reconcilia en vez de instigar a la venganza; defiende y promueve la inestimable dignidad de las personas y se ocupa del bien común armonizando las relaciones entre las personas y los pueblos.⁴⁵

“La justicia es al mismo tiempo virtud moral y concepto legal”. Lo propio de la justicia es estar atenta y vigilante para asegurar el equilibrio entre derechos y deberes, así como el promover la distribución equitativa de los costos y beneficios.

La justicia se fundamenta en la promoción y protección de los derechos humanos. Estos derechos son universales, sin distinción de país, región, cultura, credo, raza, o etnia; e indivisibles pues, además de los derechos personales, están los económicos, sociales y culturales⁴⁶ que abarcan a toda sociedad.

3.3.1. Grandes obstáculos en la construcción de la paz.

53. Hacemos nuestros los conceptos del Papa que señala ciertas situaciones de injusticia que es indispensable eliminar para alcanzar la paz y que tienen en Guatemala una lacerante presencia:

- Pobreza extrema. “Las situaciones de **extrema pobreza**, en cualquier lugar en que se manifiesten, son la primera injusticia. Su eliminación debe representar para todos una prioridad tanto en el ámbito nacional como en el internacional”.
- Corrupción “... el **vicio de la corrupción**, que socava el desarrollo social y político de tantos pueblos es un fenómeno creciente que va penetrando insidiosamente en muchos sectores de la sociedad, burlándose de la ley e ignorando las normas de justicia y de verdad”.
- Mala administración del erario público: “El uso fraudulento del dinero público penaliza sobre todo a los pobres, que son los primeros en sufrir la privación de los servicios básicos e indispensables para el desarrollo de la persona”.
- Venalidad en la administración de la justicia. “Cuando la corrupción se introduce en la administración de la justicia, son también los pobres los que han de soportar con mayor rigor las consecuencias: retrasos, ineficiencia, carencias estructurales, ausencia de una defensa adecuada.”

3.3.2. La violencia es enemiga de la paz.

54. Otro flagelo que imposibilita la paz en Guatemala es la violencia extrema que padece la población y que ha generado la ausencia de seguridad y el descontento generalizado. La sola enumeración de acciones de violencia que, casi a diario, sufre la

población es un índice elocuente de la ausencia de paz verdadera en Guatemala: secuestros infames aun de menores de edad y mujeres embarazadas, asesinatos a sangre fría y con armas sofisticadas, violaciones, asaltos a particulares e instituciones bancarias.

Se han dado numerosos caso de linchamientos perpetrados por grupos humanos desesperados ante la tardía y, peor aún, no aplicación de la justicia penal a delincuentes. Sin una determinación radical y efectivos programas del gobierno no será posible vencer la violencia y devolver al pueblo la tranquilidad.

3.3.3. Imperiosa necesidad de la solidaridad.

55. Eliminar estos males, fuertemente enraizados en la sociedad, como una secuela del enfrentamiento fratricida de más de 34 años, de la pérdida de valores humanos, de la situación de desempleo desesperante y empobrecimiento exige la solidaridad de todos los guatemaltecos. Sin una determinación radical del gobierno de combatir a fondo la violencia delictiva, acompañada de un plan racional y suficiente no será posible erradicar tanto mal. Pero no basta la acción de las autoridades, es también indispensable la colaboración de todos los estratos sociales de todos cuantos vivimos en Guatemala.

En la lucha contra el agobiante mal social hay un puesto de importancia para todos: las autoridades gubernamentales, el sector empresarial, los comunicadores sociales, los sindicatos, las organizaciones no gubernamentales, el magisterio nacional, las organizaciones populares, las asociaciones indígenas y campesinas, los agentes de pastoral.

3.3.4. Necesidad de la vivencia del amor

56. El verdadero distintivo del cristiano debe ser hoy más que nunca el amor a los pobres, los débiles y los que sufren. Vivir este exigente compromiso cristiano requiere una revisión total de aquellos supuestos valores que inducen a buscar el bien solamente para sí mismo, con olvido del otro; el poder, el placer, y el dinero. Los discípulos de Cristo están llamados a esta conversión radical. Los que se comprometan a vivir este camino experimentarán verdaderamente, justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Rm. 14,17), y saborearán un fruto de paz y de justicia (Hb. 12,11).

4.- EXHORTACIÓN FINAL

57. El Espíritu Santo es el Espíritu de la esperanza que está actuando en nuestro país. Está presente en quien trabaja al lado de los pobres, marginados y los que sufren, y en quien acoge a los emigrantes y refugiados. Está presente en quien con valentía rechaza la corrupción social y legal. Está presente en quien se niega a rechazar a una persona por motivos étnicos, culturales o religiosos. Está presente en quien con paciencia y constancia continúa promoviendo la paz y la reconciliación entre quienes antes eran adversarios y enemigos. Está presente en quien se niega a rechazar a una persona por motivos étnicos, culturales o religiosos. Está presente en quien con paciencia y constancia continúa promoviendo la paz y la reconciliación

entre quienes antes eran adversarios y enemigos. Está presente en los que trabaja o son perseguidos a causa de la búsqueda de la justicia que conduce a la paz.

Este año 1998, dedicado al Espíritu Santo en la preparación del gran Jubileo del año 2000, sea una efusión de sus dones y favores y un impulso a la vivencia y construcción de la anhelada paz en Guatemala.

Que la Virgen María, Madre del Príncipe de la paz nos obtenga de su Hijo la gracia de ser verdaderamente constructores de paz sembradores de la civilización del amor.

Guatemala de la Asunción
25 de febrero de 1998.

**ORACIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II
PARA EL AÑO DEDICADO
AL ESPÍRITU SANTO**

Espíritu Santo, dulce huésped del alma,
muéstranos el sentido profundo del gran jubileo
y prepara nuestro espíritu para celebrarlo con fe,
en la esperanza que no defrauda,
en la caridad que no espera recompensa.

Espíritu de verdad,
que conoces las profundidades de Dios,
memoria y profecía de la Iglesia,
Dirige la humanidad para que
reconozca en Jesús de Nazaret
al Señor de la gloria, el Salvador del mundo,
la culminación de la historia.

¡Ven, Espíritu de amor y de paz!

Espíritu creador,
misterioso artífice del Reino,
guía la Iglesia con la fuerza de tus santos dones
para cruzar con valentía
el umbral del nuevo milenio
y llevar a las generaciones venideras
la luz de la palabra que salva.

Espíritu de santidad,
aliento divino que mueve el universo,
ven y renueva la faz de la tierra.

Suscita en los cristianos
el deseo de la plena unidad,
para ser verdaderamente en el mundo
signo e instrumento de la íntima unión con Dios
y la unidad del género humano.

¡Ven, Espíritu de amor y de paz!

Espíritu de comunión,
alma y sostén de la Iglesia,
haz que la riqueza de los carismas y ministerios
contribuya a la unidad del Cuerpo de Cristo,
y que los laicos, los consagrados
y los ministros ordenados

colaboren juntos en la edificación
del único reino de Dios.

Espíritu de consuelo,
fuente inagotable de gozo y de paz,
suscita solidaridad para con los necesitados,
da a los enfermos el aliento necesario,
infunde confianza y esperanza en los que sufren,
acrecienta en todos
el compromiso por un mundo mejor.

¡Ven, Espíritu de amor y de paz!

Espíritu de sabiduría,
que iluminas la mente y el corazón,
orienta el camino de la ciencia y de la técnica
al servicio de la vida, de la justicia y de la paz.
Haz fecundo el diálogo
con los miembros de otras religiones,
y que las diversas culturas se abran
a los valores del Evangelio.

Espíritu de vida,
por el cual el Verbo se hizo carne
en el seno de la virgen,
mujer del silencio y de la escucha,
haznos dóciles a las muestras de tu amor
y siempre dispuestos a acoger
los signos de los tiempos
que tú pones en el curso de la historia.

¡Ven, Espíritu de amor y de paz!

A ti, Espíritu de amor,
junto con el Padre omnipotente
y el Hijo unigénito,
alabanza, honor y gloria
por los siglos de los siglos. Amén.

+ Mons. Víctor Hugo Martínez Contreras
Arzobispo de los Altos-Quetzaltenango
Tonicapán
Presidente de la Conferencia Episcopal
De Guatemala

+Mons. Rodolfo Quezada Toruño
Obispo de Zacapa
Vicepresidente de la Conferencia
Episcopal de Guatemala

+Mons. Mario Enrique Ríos, cm
Obispo Auxiliar de Guatemala
Tesorero

+Mons. Julio Amílcar Bethancourt
Obispo de Santa Rosa de Lima

+Mons. Próspero Penados del Barrio
Arzobispo de Guatemala

+Mons. José Ramiro Pellecer
Obispo Auxiliar de Guatemala

+Mons. Gerardo Flores Reyes
Obispo de La Verapaz

+Mons. Julio Cabrera Ovalle
Obispo de S. Cruz del Quiché

+Mons. Jorge Mario Ávila del Águila, cm
Obispo de Jalapa

+Mons. Luis María Estrada P. op.
Obispo Vicario de Izabal

+Mons. Rodolfo Bobadilla Mata, cm
Obispo de Huehuetenango

+Mons. Oscar Julio Vian, sdb.
Obispo Vicario de Petén

+Mons. Fernando C. Gamalero G.
Obispo de Escuintla

+Mons. Rodolfo Valenzuela
Obispo Coadjutor de La Verapaz

+Mons. Juan Gerardi Conedera
Obispo Auxiliar de Guatemala

+Mons. Raúl Martínez
Administrador Diocesano-Sololá

+Mons. Álvaro Leonel Ramazzini
Obispo de San Marcos

+Mons. Pablo Vizcaino Prado
Obispo de Suchitepéquez
Secretario General de la
Conferencia Episcopal

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

EL ESPÍRITU SANTO EN LA PROFESIÓN DE FE DE LA IGLESIA

El Espíritu Santo es el Señor de la vida
Que procede del Padre y del Hijo
Con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria
Habló por los profetas

EL ESPÍRITU SANTO Y EL PLAN DE SALVACIÓN

El pecado como rechazo a la acción del Espíritu Santo
El desorden cósmico antes de la creación
El desorden moral impuesto por el pecado
El desorden social introducido por el pecado
El Espíritu Santo y Cristo
Preparación al don de la salvación en Cristo
La nueva alianza en Cristo, fuente del Espíritu
El Espíritu Santo en la persona del Mesías esperado
El Espíritu Santo en la historia de Cristo
La encarnación del Señor es obra del Espíritu Santo
Jesús desarrolla su misión bajo el impulso del Espíritu Santo
Jesús es asistido y testimoniado por el Espíritu Santo
El Espíritu Santo testimoniado y prometido por Cristo
El Espíritu Santo es el primer don de la pascua de Cristo
El Espíritu Santo y la Iglesia
El Espíritu Santo en Pentecostés
La acción del Espíritu Santo en la Iglesia
El Espíritu Santo es el constructor de la unidad
El Espíritu Santo, fuente de la santidad
El Espíritu Santo es el que impulsa la catolicidad de la Iglesia
El Espíritu Santo origen de la apostolicidad
Carismas y ministerios en la iglesia
La iglesia es el ámbito de la actividad carismática
El discernimiento de los carismas
El papel del magisterio
El Espíritu Santo en la vida del cristiano
Santificados por el Espíritu
Ungidos por el Espíritu en el bautismo y la confirmación
Fortalecidos por el Espíritu Santo

LA PAZ FRUTO DEL ESPÍRITU SANTO

La paz personal
Reconciliación con Dios
Reconciliación con el prójimo
La paz en la familia

Valores de la familia
Atentados contrala familia
El bienestar de la familia
La paz en la sociedad
Grandes obstáculos en la construcción de la paz
La violencia es enemiga de la paz
Imperiosa necesidad de la solidaridad
Necesidad de la vivencia del amor

EXHORTACIÓN FINAL

ORACIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II

Notas

- ¹ Catecismo de la Iglesia Católica
- ² Pablo VI audiencia general del 29-11-1972
- ³ Pablo VI profesión de fe, 30-6-198
- ⁴ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica 739-740
- ⁵ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica 731-732
- ⁶ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica 711-716
- ⁷ Cf. Ibid. 713-716
- ⁸ Cf. Dominum et Vivificantem 12
- ⁹ Cf. Idem 43
- ¹⁰ Cf. idem 13
- ¹¹ Cf. Idem 13
- ¹² Cf. Evangelium Vitae 7
- ¹³ Cf. Evangelium Vitae 27
- ¹⁴ Idem 31
- ¹⁵ Adv. Hae III 17,2
- ¹⁶ Catecismo de la Iglesia Católica 727-730
- ¹⁷ Redemptoris Missio 21
- ¹⁸ Catecismo de la Iglesia Católica 826
- ¹⁹ Cfr. Lumen Gentium 13
- ²⁰ Cf. Evangelium Nuntiandi 62
- ²¹ Cf. Redemptoris Missio 24
- ²² Cf. G. et S 10, 15.52
- ²³ Cf. Redemptoris Missio 29
- ²⁴ Cf. Lumen Gentium 12; AA3
- ²⁵ Cf. Presbiterorum Oredinis 9.17
- ²⁶ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica 1285
- ²⁷ Cf. Lumen Gentium 11
- ²⁸ Idem 11
- ²⁹ Cf. Idem 11
- ³⁰ Cf. Plan Global de la Conferencia Episcopal de Guatemala 1997-2000 pag. 5
- ³¹ Cf. Carta Pastoral Colectiva "Urge la Verdadera Paz" P. 9
- ³² Cf. Documento de Santo Domingo #. 214
- ³³ San Beda, Homilía 12, para la Vigilia de Pentecostés
- ³⁴ Catecismo de la Iglesia Católica, 1431
- ³⁵ Ibid 1433
- ³⁶ Plan Global de la Conferencia Episcopal de Guatemala 1997-2000 pág. 5
- ³⁷ Cf. Ibid p. 7
- ³⁸ Cf. Familiaris Consortio P. 3-5 Doc. Sto. Dom. #210
- ³⁹ Cf. Familiaris Consortio P. 11
- ⁴⁰ Cf. Doc. Santo. Domingo Op.Cit. 210-214
- ⁴¹ Cf. Familiaris Consortio P. 11
- ⁴² Cf. Doc. Sto. Domingo Op.Cit. 210-214
- ⁴³ Cf. Juan Pablo II discurso a los Obispos del CELAM y el congreso teológico pastoral, el 3 de octubre de 1997, con motivo del encuentro con las familias en Rio de Janeiro.
- ⁴⁴ Mensaje de su Santidad Juan Pablo II para la Celebración de la Jornada mundial de la pa, 1 de enero de 1998.
- No. 1
- ⁴⁵ Cf. Ibid No. 1
- ⁴⁶ Ibid No. 2